

lo creais. Domingo es un nuevo Daniel, que sabe jugar con los leones y los osos; él esfuerza su voz en medio de unos pueblos que apenas parecen hombres, y en breve levanta el estandarte de la cruz sobre las ruinas de los ídolos, ata al carro de Jesucristo los preciosos despojos del paganismo, y se puede decir sin mucha exageracion, que en el oriente de la iglesia no se bautizaron en un solo día mas neofitos, que en aquellos países de horror y de confusion.

Francisco, alentado de igual espíritu, nos presenta á la vista otros tantos testimonios de su celo. Vedle, señores, atravesar de nuevo el Mediterráneo para correr toda la Palestina consagrada con las huellas del Mesías, regada con los sudores de san Simon y san Matías, pero abandonada despues á los delirios del mahometismo, y sepultada en las tinieblas de la ignorancia. ¿Podrá prometerse Francisco sucesos felices en el centro mismo de la sensualidad? ¿Abrazarán el Evangelio unos pueblos esclavos de la preocupacion, sectarios acérrimos de Mahoma y enemigos declarados del cristianismo? ¿Quién podrá persuadirles que en otra religion serán mas felices que en la suya? No obstante, un hombre amparado del cielo puede fácilmente desvanecer las imposturas de un falso profeta. En efecto, Asís se vale de las persuasiones, de las instancias y de los ejemplos, y enarbola las banderas del Evangelio sobre los torreones del mahometismo; anuncia á esta nacion ilusa la falsedad de su Alcoran, lo ridículo de su culto y el exceso de sus delitos, la hace abrazar el camino de la verdad, y toma posesion de aquel dichoso país, teatro de nuestra redencion, para transmitirle en sucesion hereditaria á su posteridad.

Este triunfo no fué mas que un nuevo soplo que avivó su celo para multiplicar servicios á favor de la iglesia. Á la manera que el sol sin cansarse jamas en su carrera, la renueva cada día para bien de la tierra, del mismo modo Francisco vuelve presuroso á la Europa, y recorre una y otra vez sus antiguas conquistas para hacer florecer de nuevo las virtudes. ¿Y de qué arbitrios se valió su ingenioso espíritu para conseguirlo? Oid un admirable proyecto, ignorado desde el nacimiento del cristianismo, y reservado para el incomparable Asís. Ya en la iglesia de Dios habia muchos monasterios donde se refugiaba la inocencia contra los asaltos de un mundo impostor; pero faltaba en medio de los bullicios del siglo, y en el seno mismo de las

familias, un asilo comun donde pudiesen acogerse personas de ambos sexos y de todos los estados y condiciones. ¿Y qué hace Francisco? Medita un nuevo plan que le inspira su ingenioso celo, y él mismo pone en ejecucion el designio; funda una órden de penitencia capaz de santificar á toda suerte de hombres: una órden que ha hecho extraordinarios progresos en la virtud y ha llenado la iglesia de eterna complacencia; una órden en fin que ha poblado el mundo de santos y ha servido de gloriosa cuna á los Luises de Francia, á las Isabelas de Hungría y Portugal, á las Rosas de Viterbó, á las Margaritas de Cortona, á los Roques, Elsearios y Conrados.

¡Qué servicios tan útiles y tan interesantes á la religion cristiana! Yo callo por no fatigar vuestra atencion un inmenso catálogo de hechos prodigiosos y muy importantes á la iglesia, que pedian un panegirico entero, porque me contento con recordaros un solo establecimiento el mas esencial y decisivo del celo apostólico de Domingo y Francisco, obra principal que ocupa un lugar muy distinguido en los fastos de la iglesia, y exigia todo el espíritu y toda la destreza de estos dos héroes del siglo XIII. Esta es la fundacion de las dos sagradas religiones de Predicadores y Menores. ¡Ah, con qué honores podrá pagar la iglesia lo que debe á estos dos santos tan grandes, de quienes se valió Dios para multiplicar por medio de sus hijos la gloria y las riquezas de Israel! Porque, señores, ¿quién podrá, no digo ponderar, pero ni aun referir los progresos que ha logrado el cristianismo con estos dos establecimientos? Apenas se levanta la cuna de estas dos grandes tribus, cuando ya la Europa, el Asia, el septentrion y el mediodía se hallan habitados por sus hijos, instruidos con su ejemplo y santificados con su celo; la iglesia romana se ve precisada á ensanchar sus basílicas para dar culto á los Antoninos, Raimundos, Pios, Alcántaras, Regalados, Bernardinos, Luises, Diegos y Bailones, luminares de primer órden que brillan en las mansiones del empíreo, cuya memoria no acabará con el mundo.

El Vaticano pronuncia sus oráculos, y promulga honores inmortales á los gloriosos triunfos de los Danieles, Hugolinos, Baustistas, Juanes de Prado, Berardos y Leones, héroes invictos, comparables con los mas esforzados atletas del siglo de oro, que entregaron sus gargantas al cuchillo, y tuvieron con su sangre las mazmorras de África y los cadalsos de la Belgia; las

naciones del oriente, del aquilon y del occidente manifiestan su regocijo al escuchar los ecos apostólicos de los Jacintos, Vicentes, Paduas, Capistranos y Jácomes de la Marca, que como ligeras exhalaciones volaron á las regiones de España, Lusitania, Italia, Alemania, Hungría, Polonia, Bohemia y Armenia para sembrar la palabra divina; las montañas del Nuevo Mundo abaten sus soberbias cumbres para recibir á los Luises, Beltranes, Solanos, Buenaventuras y Bolaños, que como fecundas nubes derramaron sobre ellas el saludable rocío de la divina gracia; las universidades del orbe abren sus liceos para que suban á sus cátedras los Antoninos de Florencia, Hugos, Albertos Magnos, Escotos, Alejandros de Alés, Mayrones, Bañez y Victorias. Pero olvidemos estos ingenios sublimes que han dado tanto esplendor al claustro y á las academias, porque para gloria inmortal de tan ilustres patriarcas bastan los dos oráculos de la iglesia, los dos ángeles exterminadores del error, los dos Salomones de las escuelas, las dos lumbreras mayores de Italia; así llamo yo al incomparable Aquino y al serafin Buenaventura, príncipes de la teología, doctores ecuménicos, vivas copias de los santos padres, y órganos incorruptibles por donde hablaron todos ellos.

¡Qué honor para un santo Tomas, ver que los mismos obispos de Roma, jueces infalibles de las controversias, descienden del trono pontificio y consultan sus admirables escritos para terminar las diferencias que turban la iglesia! Los sagrados concilios congregados en Viena, Constanza y Florencia, forman sus cánones tomando cláusulas á la letra de sus obras, para condenar á los discípulos de Wiclef, Lutero y Calvino: el sínodo general de Trento, aquella asamblea tan augusta, manda poner sobre un mismo altar la Suma angélica y la sagrada Biblia en presencia de todo el concilio, para resolver las dudas y degollar los monstruos de la herejía. ¿Qué elogios podremos dar á este hombre extraordinario, á este pasmo de la sabiduría, á este prodigio de los entendimientos? ¿Habrà lengua tan fecunda que sea capaz de dar alguna idea de su incomprendible talento? Pero yo me engaño, porque en una sola palabra se encierra su mas completo elogio: pues son tales los aplausos y la veneracion con que le celebra el mundo, que en diciendo santo Tomas de Aquino, está todo dicho.

¡Qué elogios no merece igualmente el ilustre general de los

Menores san Buenaventura! Este cardenal serafin es el árbitro supremo de los negocios mas importantes de su siglo, el alma de los concilios, el sabio cuya celestial doctrina aplaude toda la iglesia. Vedle en medio de los cardenales congregados en Viterbó para elegir al sucesor de Clemente IV; pero divididos entre sí y discordes los votos, se vieron precisados á comprometerse en el doctor seráfico; Buenaventura habla, y los ancianos de Israel callan en su presencia; aquella ilustre asamblea escucha con respeto su dictámen, él solo forma un cónclave entero, toda la Italia recibe de su mano á Gregorio X por legítimo pontífice, y Roma admira lo que jamas vió la iglesia desde su nacimiento y acaso no lo volverá á ver, esto es, un hijo de Francisco, en quien reside toda la autoridad de un cónclave, y en quien descansa toda la fuerza del Espíritu divino. Vedle en el concilio general de Leon sentado á la derecha del supremo jefe de la iglesia, resplandeciendo como una antorcha refulgente, reuniendo con su elocuencia la iglesia latina con la griega, y ligando á los obispos del oriente al carro triunfal de la santa silla. Ved por último sus prodigiosas obras recibidas como oráculos de la fe en el sínodo general de Florencia, y aprobadas por tres sumos pontífices con los mas magníficos elogios.

Inferid de aquí el mérito inmortal que han contraído con la Iglesia Domingo y Francisco por la fundacion de sus dos grandes órdenes. Mérito inmortal, he dicho, porque estas dos órdenes están marcadas con el sello de la inmortalidad, y á pesar de la injuria de los tiempos permanecerán mientras duren los siglos venideros; los monumentos profanos que levanta el espíritu del orgullo y de la ambicion, se arruinan sucesivamente; aquellas conquistas ruidosas de los Césares, Alejandros y Aníbales no han podido perpetuar el verdor de sus laureles; la memoria de los Amurates, Solimanes y Bayacetos, que erigieron el trono de sus califas sobre las ruinas del universo, desapareció á manera de aquellos meteoros que brillan, deslumbran, fenecen y se convierten en tinieblas; pero los sagrados establecimientos de Domingo y Francisco no espiraron con ellos en el sepulcro; los felices sucesos de sus discípulos han eternizado los de sus santos fundadores, y aquellos países que no tuvieron la dicha de conocer á los padres, los han conocido en los hijos; hoy mismo admira el mundo los prodigios que entónces solo vió con la esperanza, y se da el parabien de re-

coger el espíritu de tan santos patriarcas en los herederos de su celo, que han llevado su nombre y su fama hasta los últimos términos de la tierra.

No es paradoja, señores, los predicadores y Menores han llevado sus gloriosas empresas de un extremo al otro del mundo, y han surcado los mares de un cabo á otro del océano; ellos se han familiarizado con los caníbales, trogloditas, mamelos y todos los pueblos antropófagos, penetrando hasta los climas adonde la avaricia de los hombres ni la ambicion de los conquistadores no han podido llegar con sus deseos; ellos evangelizaron á los indios de oriente y occidente, animando con su ejemplo á los dignos obreros de otras religiones que han caminado despues sobre sus huellas y vestigios; sabemos que fué un obispo minorita quien recibió en Goa á san Francisco Javier, y le asistió con paternal benignidad; así como no ignoramos que las playas americanas fueron inaccesibles al Evangelio ántes de la venida de los Predicadores y Menores, del mismo modo que el Nuevo Mundo fué desconocido ántes del insigne Colon. Por eso el inmortal Cárlos III decia, que mas queria una mision de Franciscos en la América, que un batallon de soldados en la Europa; y el piadoso monarca san Luis juzgó que estos obreros evangélicos eran todo el consuelo y la gloria de su reino.

Y ved aquí que estos grandes y maravillosos frutos que han producido las dos familias sagradas, hacen ver la excelencia de su causa, y prueban con evidencia que despues de los apóstoles no ha habido santos que hayan trabajado mas en beneficio de la iglesia que los dos grandes patriarcas, cuya memoria veneramos, ni á quienes por consecuencia deba manifestar con mas justicia su reconocimiento la religion cristiana, supuesto que en la solemnidad que consagra á estos dos santos, se renueva la memoria del precioso don que hizo Dios á su iglesia, concediéndola dos varones extraordinarios que la protegiesen en el apuro de sus necesidades y aflicciones: *Ipse dedit quosdam apostolos... in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi.*

Vos, Señor, que quisisteis criar á Domingo y Francisco para reparar vuestra iglesia, y tuvisteis á bien derramar vuestras mas abundantes bendiciones sobre la posteridad de unos padres tan santos, hablasteis, y se abrieron las entrañas de la

tierra para recibir dos renuevos que bien presto crecieron en frondosos árboles, y cubrieron con su sombra todo el mundo: su cima superó á las mas altas cumbres de los cedros del Líbano, sus ramas se extendieron de un mar al otro mar y ocuparon las mas florecientes ciudades. Dignaos, Señor, mirar con ojos propicios la obra de vuestras manos: *Respice de celo et vide, et visita vineam istam... quam plantavit dextera tua.* Derramad vuestras gracias sobre estas dos familias para que continuen imitando las huellas de sus gloriosos padres, y consigan á un mismo tiempo el mérito de su propia santificacion y los progresos de su ministerio apostólico.

Juntemos, hermanos míos, nuestro celo al de nuestros santos fundadores, hagamos con nuestro ejemplo parecer de un modo visible la santidad de nuestro instituto, y trabajemos eficazmente en la salvacion de las almas.

Y vosotros, fieles, aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oír; imitad á estos dos prodigios de la gracia en el valor con que despreciaron las pompas del mundo, aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais vivir en Jesucristo con el divino auxilio para vivir eternamente con él en su gloria. Amen.